

EL HISPANISTA MARIO PUCCINI EN SALAMANCA

MERCEDES GONZÁLEZ DE SANDE*

RESUMEN: Mario Puccini nació en 1887 y murió en 1957, perteneció a una generación literaria, el grupo de “La Voce” que, de alguna manera, es el correspondiente a la Generación del 98 en España. Aparte de ser un escritor de numerosas obras narrativas, Puccini fue un hispanista dedicado a difundir en Italia las obras de muchos escritores españoles, a través de estudios, artículos periodísticos y traducciones. Su amplia relación con muchos escritores españoles instó a Mario Puccini a recorrer España en la primera mitad de 1936, recogiendo sus impresiones de su largo viaje en un volumen titulado *Amore di Spagna*, publicado en 1937. A las tierras de Castilla llega en mayo de 1936. A Salamanca, aparte de la aureola que rodea a la ciudad como ciudad universitaria por antonomasia, llega tras las huellas de su amistad con Miguel de Unamuno, que en esos momentos no se encuentra en la ciudad, y las conmemoraciones literarias de Fray Luis de León y Calderón de la Barca. Para él Salamanca es una ciudad del interior española, pequeña, recogida, pero no silenciosa, llena de voces del pasado que saben de historia y, sobre todo, de literatura. Busca esencialmente a Unamuno. Lo imagina en la plaza de San Benito, bajo los soportales de la Plaza Mayor y en las personas que van por las calles. Y junto a él, a Fray Luis de León, enseñando en la Universidad y a Calderón de la Barca, estudiante en Salamanca “no por poco y no inútilmente”.

ABSTRACT: Mario Puccini (1887-1957) belonged to a literary generation, the “La Voce” group, which corresponds somewhat to Spain’s Generation of ’98. Besides being a writer of many narrative works, Puccini was a Hispanist devoted to spreading the work of numerous Spanish writers in Italy, through studies, journalistic articles and translations. His deep relationship with many Spanish writers led him to travel around Spain in the first half of 1936, gathering his impressions of the long trip in a volume entitled *Amore di Spagna*, published in 1937. In May, 1936, he arrived in Castile, and in Salamanca, which held for him, apart from its aura as a university town *par excellence*, the traces of his friendship with Unamuno, who at that moment was not there, and the literary commemoration of Fray Luis de León and Calderón de la Barca. For Puccini, Salamanca was a city of the interior of Spain, small, secluded but not silent, rather full of the voices of the past that speak of history, and above all, of literature. He essentially looks for Unamuno. He imagines him in San Benito Square, under the arches of the Main Square and in the people passing on the street, and together with him, Fray Luis de Leon, teaching at the University, and Calderón de la Barca, a student in Salamanca “no por poco y no inútilmente”.

PALABRAS CLAVE: Puccini, Unamuno, Fray Luis de León, Calderón de la Barca, San Benito, universidad.

* Universidad de Bérghamo (Italia).



Mario Puccini¹ nació en Senigallia (Italia) el 29 de julio de 1887. Hombre de espíritu inquieto y carácter solitario prefirió la formación autodidacta a los estudios regulares, abandonando la escuela cuando era muy joven para colaborar en la actividad de su padre, propietario de una librería en su ciudad natal.

Su tiempo libre lo dedicaba a la escritura, actividad que ya había iniciado en su época escolar con algunos versos y bocetos. Sus primeras obras importantes son *L'ultima crisi* (1911) y *La viottola* (1912). En 1913 se traslada a Milán para abrir en primer lugar una galería de arte y posteriormente una editorial, a la que dará el nombre de Studio Editoriale Lombardo.

Gracias a su nueva empresa tendrá la oportunidad de conocer y estar en contacto no sólo con los principales intelectuales del primer novecientos italiano, sino también con muchas figuras representativas de otros países, entre ellas muchos españoles.

Su participación como soldado en la Primera Guerra Mundial de 1915 a 1918 marcará un momento decisivo en su vida y a este momento pertenecerán algunas de sus más sentidas e importantes obras autobiográficas y encuentros significativos para su posterior viaje a Salamanca: el encuentro físico en Údine, en 1917, con Miguel de Unamuno.

La desilusión por los negativos resultados de la guerra y sus posturas estéticas le llevaron a una cierta exclusión de los círculos literarios italianos, que Puccini compensó intensificando sus relaciones con otros países extranjeros, sobre todo, Francia y España, colaborando en revistas españolas como *La Pluma*, *España*, *La Novela Semanal* y *La Esfera* de Madrid, y en *Caras y Caretas* y *La Nación* de Buenos Aires. En este sentido, desde el periódico *Critica fascista*, se dedicará, entre 1926 y 1928, a presentar las obras y autores que él consideraba más importantes de las literaturas neolatinas, destacando las de habla hispana y francesa.

A partir de 1930 disminuirá su producción literaria para dedicarse a la escritura de libros de viajes que ilustraban diversas zonas de habla hispana y que, pese a su menor consistencia literaria, eran más populares y mejor remuneradas.

¹ Utilizo esencialmente para presentar a Mario Puccini mi libro *La cultura española en Papini, Prezzolini, Puccini y Boine*. Roma: Bulzoni Editore, 2001.

El 5 de diciembre de 1957 morirá sin ver publicadas dos de sus obras: *La terra è di tutti* y *Scoperta del tempo*, en las que había trabajado con gran entusiasmo en los últimos años de su vida y sin ver realizada su ilusión de ser reconocido como uno de los grandes escritores de la primera mitad del siglo XX italiano, quedando en la memoria de sus connacionales como aquel escritor que “ha ordito solitario ed orgoglioso la sua fittissima tela fino a restarne prigionero in vita ed oltre”².

De entre sus numerosas obras citaremos *Foville* (1914); *Dal Carso al Piave* (1918); *Davanti a Trieste* (1919); *La vergine e la mondana* (1910); *Viva l'anarchia* (1920); *La via del ritorno* (1937), etc.

La amplia labor divulgadora de la cultura española en Italia y su relación con muchos escritores españoles instaron a Mario Puccini a recorrer España en la primera mitad de 1936. Fruto de ese viaje y de los datos acumulados en sus variadas y extensas lecturas españolas fue un grueso volumen titulado *Amore di Spagna: Taccuino di viaggio*, publicado en 1937³, en el que España y su cultura se reflejarán con la visión del enamorado que, tras larga separación, por fin puede ver a su amada.

El viaje a España es para Puccini la realización de un sueño incubado durante muchos años de acercamiento ideal a España y a su cultura, el cumplimiento de su deseo de ser un caminante, frustrado por el peso de las obligaciones, porque, a pesar de haber visitado anteriormente, en dos ocasiones, España, en esta ocasión él viene decidido a hacer un balance de ese largo proceso de encuentro con la cultura española, iniciado aproximadamente veinte años antes, a contrastar si lo aprendido en los libros se plasma en la realidad de la España convulsa de 1936.

Puccini, más que hechos históricos, quiere describir paisajes humanos, los pueblos y los hombres reales y espirituales que conforman la idiosincrasia española y que, de alguna manera, explican los trágicos acontecimientos históricos que España está viviendo en 1936.

El itinerario de este tercer viaje comienza por Andalucía, región de la que visitará las ciudades de Cádiz, Sevilla, Jerez, Córdoba, Granada, Málaga y Almería. Andalucía es vista por nuestro autor con desasosiego por su incierto futuro pero llena también de reminiscencias literarias que se agolpan, como luego veremos para Salamanca, en las descripciones de Puccini y que él mismo justifica por haberle entrado en la sangre un poco de esa región a través de las incitaciones de las obras andaluzas de don Juan Valera.

Desde Almería parte Puccini para visitar el monasterio de Guadalupe, al que llega tras un difícil camino que él considera hecho “a posta para dar a los hombres el sentido de la distancia y casi de la inalcanzabilidad de Dios”, aunque el grandioso paisaje reconforta de tan duro viaje. En el escenario mágico de Guadalupe nuestro autor comprende el espíritu que animó a los conquistadores extremeños,

2 “Ha tejido solitario y orgulloso su densísima tela hasta quedar prisionero en ella en la vida y más allá”.

3 Milán: Ceschina, 1937, 395 páginas. Todas las citas proceden de esta edición. La traducción al español es mía.



Portada del libro en el que se recogen sus impresiones del viaje a España en 1936

que, antes de partir a América, pasaron para rezar a la Virgen y convencerse de que, sirviendo a la fe, todas sus acciones estarían justificadas.

En mayo de 1936 emprende el viaje por Castilla con el afán de encontrar en esta región la verdadera historia de España; la casta española de la que tanto trataron sus amigos de la Generación del 98:

Castilla, tierra castiza, tierra que ha representado siempre en relación con otras tierras de España el equilibrio, el orden, la poesía, la estabilidad, la claridad; donde han venido a depurarse todas las tempestades, donde el arte ha podido encontrar sus acentos más legítimos, donde las voces, incluso las más roncadas, se han tenido que endulzar. Corre una época crítica, turbada para el país y para la raza; pero aquí estamos en Castilla, lo que no he visto ni comprendido en el sur, aquí seguro que lo veré y comprenderé; he creído

siempre en España y, en cuanto a la región, yo conservo todavía en mí el eco de las páginas un poco frías pero genuinas, límpidas que ha inspirado a Azorín, porque este sentido que Azorín me ha ofrecido, de una región cálida, armoniosa, correcta, gentil, ¿la realidad no me lo debería confirmar? (p. 102).

Visita Madrid y una tarde de domingo la aprovecha para visitar Toledo y recalca una tarde de mayo en Ávila, donde él quiere recorrer las mismas calles que Santa Teresa y San Juan de la Cruz y eso vale cualquier esfuerzo.

La aridez de La Mancha con sus castillos arruinados, sus casas destruidas y los molinos de viento no le parece, sin embargo, tan desolada como se la imaginó al leer *El Quijote*. Como era previsible, sus juicios sobre la región están impregnados de literatura cervantina y los pueblos y las gentes que ve son un trasunto de los que vio el Caballero de la Mancha.

En los paisajes y pueblos de la vieja Castilla irá encontrando Puccini huellas de costumbres y sentimientos que en otras regiones no han sobrevivido, un mundo todavía virgen, detenido en el tiempo, que ha conservado, sin embargo, su individualidad, un carácter inconfundible.

Cuanto más os adentréis en el interior de la vieja Castilla y os alejéis de las grandes vías de comunicación y de tránsito, descubriréis más huellas de costumbres

y de sentimientos que en otras regiones no sobreviven desde hace décadas: y ciertamente sería estúpido hablar de ingenuidad, de primitivismo en el sentido absoluto; pero, mirando las cosas desde una cierta distancia y con las debidas cautelas, el trasfondo psíquico de estas poblaciones, incluso allí donde ya se ha infiltrado lo que querría llamar el “fiscismo moderno”, me parece que permanece a pesar de todo exquisitamente virgen, verde. Tan virgen y verde que en algunos momentos se tiene la impresión de encontrarse frente a un mundo todavía parado con el sentimiento y con la imaginación en hace algunos siglos, al menos en ciertos aspectos y elementos. Con esto no se quiere decir que también aquí no se haya advertido, acogido, asimilado el proceso de la vileza; pero ha sido una educación aceptada, a mi parecer, más en la superficie que en profundidad, más exteriormente que internamente. Y, sin embargo, mirad: si estas ciudades tienen cada una y todas un carácter propio inconfundible, una clara individualidad, incluso siendo a fin de cuentas tan nítidamente españolas, se debe esencialmente a un hecho: que han permanecido siempre inertes frente a las novedades fueran cuales fueran, y muy atentas y celosas para conservar intactos los caracteres propios tradicionales.

De estas características es Salamanca, a la que acude Puccini tras las huellas de su amistad con Miguel de Unamuno, que en esos momentos no se encuentra en la ciudad, y las memoraciones literarias de Fray Luis de León y Calderón de la Barca. Define Salamanca como una ciudad pequeña, pero no silenciosa, un poco apagada, pero no muerta, a pesar de las muchas tumbas e iglesias:

Salamanca sin Unamuno. Pero una ciudad del interior española finalmente no silenciosa. Pequeña, pero no silenciosa. Recogida, pero no sofocada, pero no muerta. A pesar de tantas tumbas y tantas iglesias. A pesar de los frailes: que hay por todas partes y de todas las órdenes: en Salamanca encontráis a los carmelitas, a los agustinos, a los dominicos: toda iglesia tiene su convento en Salamanca, y conventos que no bromean: alguno de ellos vence también en robustez y grandeza a las iglesias más majestuosas. También hay muchas monjas en Salamanca; pero no se ven por la calle: y sus conventos es necesario irlos a buscar: son todos de notable mole, pero se agachan en las calles más sombrías e incluso en los callejones.

Su visión de la ciudad está casi toda condicionada por la figura de Unamuno: los ancianos que ve de lejos se asemejan a Unamuno e incluso los más jóvenes; sus paseos por los soportales de la Plaza Mayor no le satisfacen porque sabe que a Unamuno le gusta pasear fuera de la ciudad para ver cambiar el color del campo charro bajo la luz del crepúsculo.

La omnipresencia de Unamuno, como sucede con otros escritores italianos contemporáneos que visitan Salamanca, no es nada extraña en el caso de Mario Puccini. Entre Unamuno y Puccini se establecieron unas fecundas interrelaciones que fructificaron en una importante correspondencia, en el intercambio de libros, en artículos que recíprocamente se dedicaron y en la difusión de la obra de uno y otro en España e Italia.

Las relaciones comenzaron con el envío por parte de Puccini de su novela *Foville* en 1914, con la respuesta ese mismo año por parte de Unamuno y con la publicación en 1915 de un artículo sobre *Foville* con el título de “El diputado modelo”⁴, en el que Unamuno hace hincapié en el quijotismo que impregna la obra.

La amistad sentida desde lejos se confirmará cuando ambos lleguen a conocerse personalmente en la visita que Unamuno hizo al frente de guerra italiano en septiembre de 1917, invitado por el gobierno italiano, junto a otros intelectuales españoles, a visitar el frente de guerra en la zona del Carso. Desde Salamanca, Puccini rememora ese encuentro fugaz y de sabor entonces agrídulce:

Unamuno no está: alguno cree que está en Madrid, otro me dice que se ha ido para un par de días a Ávila. Pero quien lo ha imaginado aquí en Salamanca, quien lo ha visto incluso sólo lo ha visto con la fantasía, le parece que lo puede encontrar de un momento a otro: ese señor de allí abajo que sale ahora de la placita de San Benito y da la vuelta rápido, derecho, severo ¿no podría ser el gran viejo? Lo he visto una sola vez y han pasado casi veinte años; pero siento que lo reconocería también por detrás; aunque no le viera la cara sombría y sin embargo dulce, enmarcada por la barba plena y blanca. Casi veinte años: había venido a ver el frente italiano con otros escritores como él, *aliadófilos*: el pobre Gómez de Baquero de quien os he hablado, Américo Castro y un periodista de quien no recuerdo el nombre. Yo estaba en Cervignano con Diaz, entonces comandante interino del XXIII Cuerpo de Ejército; nos hospedaba una pequeña villa cerrada entre eucaliptus y robinias, no parecía ni siquiera estar en guerra. Llegaron en grupo, acompañados por Ugo Ojetti: y, apenas hubieron descendido del coche, vi enseguida cuál de ellos era Unamuno. Alto, fuerte, los ojos semicerrados detrás de las lentes, pero encendidos, vivos; me había buscado, éramos ya amigos desde antes de la guerra. Pero no supe responder a su saludo en castellano; le debí pedir que se expresara en mi lengua. Lo hizo sonriendo y excusándose; ¿Cómo se las arreglaría? Habló claro y bien; solamente a trechos se paraba para ajustar un subjuntivo que se le escapaba. Habló no de él, sino de la guerra y de nuestros soldados que había visto en el Carso; subrayó este nombre con una exclamación y con un gesto como de horror: después preguntó si Diaz era quizá de origen español. Le pregunté si deseaba verlo, conocerlo: respondió que sí, que lo deseaba; pero, antes, que le hablase de mí y de la guerra: ahora seguramente no pensaba en la literatura, ¿verdad? Dicho esto, enseguida se volvió a los colegas y sobre todo a Américo Castro que estaba cerca; explicando que mi librito “Foville”, del que él había hablado en el “Figaro”, era una obra “quijotesca”; y quizá quien había escrito aquel libro quizá retornaría un día más maduro sobre el tema, o bien buscaría condensar en un héroe auténtico el espíritu quijotesco del que evidentemente estaba impregnado. No recuerdo qué respondí; no tenía todavía treinta años, desde

4 *El Día Gráfico*, Barcelona, 19-VII-1915.

hacía más de dos años estaba en la guerra, ningún héroe me pasaba todavía por la cabeza; ¿qué podía decir, qué prometer? Quizá pronuncié un sí modestísimo: quizá enrojecí solamente; y por otra parte en aquel mismo momento aparecía Díaz sobre el vano de la puerta, seguido de Ugo Ojetti; y Unamuno se volvía para saludarlo. Presentaciones, intercambios de palabras y de cortesías; Unamuno y los demás españoles fueron invitados al despacho del general, del que salieron después de un cuarto de hora o quizá menos.

Pero el contacto entre el Maestro y yo se había perdido ya; cuando me acerqué a él, Ojetti miraba el reloj; la tarde estaba cayendo, había que hacer otras visitas y quizá tenían que estar en Údine para la comida. Un saludo, por supuesto cordial, pero rápido y en marcha antes que las puertas de los coches se abran; una sonrisa cuando Unamuno había ya subido; un adiós con la mano cuando los automóviles ya en movimiento estaban para salir del jardín. Mil novecientos diecisiete: han pasado casi cuatro lustros.

El encuentro, como hemos podido apreciar, dejó un cierto poso de tristeza en Puccini por no haber sabido aprovechar la ocasión como merecía y de ello se excusará con Unamuno en carta de finales de 1917. Ahora, en 1936, paseando por las calles de Salamanca los recuerdos del encuentro en Cervignano se funden con palabras que escribió sobre don Miguel en artículos como los titulado “Miguel de Unamuno”⁵ y “Unamuno uomo”⁶ y la Salamanca ideal que imaginaba a través de las obras y las cartas de Unamuno le parecen ahora más sombrías porque la figura del hombre oscurece la materia:

Filólogo, novelista, filósofo, poeta, ensayista; en estas vías ha dejado huellas Unamuno; ¿a cuántas actividades se ha dirigido? Catedrático de griego en la Universidad desde muy joven; pero como ésta, las otras expresiones de su personalidad sería un error considerarlas en sí mismas, episodios o momentos separados; cada uno es como la hora de un cuadrante, la coordenada de un sistema. Profesor y durante tantos años cotidianamente profesor, lecciones pura y estrictamente filológicas habrá hecho muchísimas; pero podemos estar seguros que en cada una de ellas habrá brillado siempre y dondequiera un rayo o un resplandor de su compleja y prepotente individualidad humana y espiritual sobre la materia fría de los programas y la gris telaraña ilustrada de los paradigmas gramaticales. Y no porque él lo quisiera; o porque en el círculo estrecho de una enseñanza doctrinal él se encontrara a disgusto; sino más bien porque su naturaleza impetuosa y lírica no veía esta rama de la cultura ir por su cuenta y a esta otra por su propio camino; sino a todas las disciplinas fundidas, incluso las más alejadas; y en el centro de ellas, Dios y demonio, creador y súcubo, el hombre. Este fue finalmente su secreto; él ha existido y movido en el mundo de la cultura y de la vida sobre todo

5 *La Critica Política*, Roma, 25-IV-1924, pp. 158-166.

6 *Il Secolo*, Milán, 4-X-1924.

como hombre: facultades, sentimientos, acciones y reacciones. Y no sólo en las experiencias generosas, sino también en los errores, en los desequilibrios, en los excesos. Por eso su camino es significativo, su historia importante; quien quiera someterlo a juicio, es imposible que lo condene por una actividad y lo absuelva por otra; lo admire por un aspecto y por otro lo deteste. Es verdad que es raro encontrarse cada día sustancial y virtualmente frente a un verdadero hombre: con sus características buenas y malas; con sus ansias y con sus soberbias; con sus defectos y con sus virtudes: y estas y aquellos de vez en cuando ruda y francamente puestos de relieve con una voz que no permanece cerrada e interna, sino que se declara incluso abierta y clamorosamente. La mayor parte de los hombres de hoy día tiene el sentido crítico desarrolladísimo; y comprende bien lo que puede y debe revelar y lo que conviene en cambio esconder; y basándose en este cálculo, que a veces se desarrolla quizá inconscientemente, actúa y se descubre en medio de la sociedad. Pero Unamuno no. Unamuno se asemeja a su héroe y señor Don Quijote; que, con tal de obedecer a su demonio interior, cueste lo que cueste, siempre y en todas partes opera y avanza. He aquí por qué su figura está entre las más típicas no sólo de España, sino de Europa y del mundo. Quizá se pueda decir: su poesía es curiosa, pero no es grande, el ensayista está demasiado ligado a lo contingente, el novelista es capcioso y no convincente, pero no se puede decir: Unamuno no se ve, Unamuno no es, Unamuno no cuenta.

Pero cuando pensaba en él, lo veía detrás de esta ciudad que entonces no conocía, así ahora que estoy en Salamanca vuelvo a ver a Unamuno. Lo sé: la Salamanca que veía, leyendo una carta suya o un libro suyo, no era esta que ahora distingo viva y directa: las casas, las iglesias, la misma universidad me parecían oscuras, negras, umbrosísimas: como se separaba su figura juvenil y nerviosa de estas calles, de este escenario que no es en cambio como lo juzgaba: bajo los soportales de la Plaza Mayor no diría que la luz triunfe, que el blanco domine precisamente sobre el gris o el negro, pero da igual: también aquí hay juventud, brío: ¿por qué las creaturas de Unamuno son en cambio, siendo tan ansiosas de vida, tan cerradas y téticas? El Marqués de Lumbría, Alberto Sánchez: no sé recordar a estos personajes y estos lugares, las casas y las habitaciones donde ellos respiraban y vivían, sin un estremecimiento. Y también las calles del interior, las placitas, las iglesias... Qué bella es esta piedra y cómo es, aunque sea vieja, vívida, luminosa. Veo a Unamuno: y, curiosamente, no en los viejos, aunque ahora él lo sea, sino en los cuerpos más sueltos, aunque no sean muy jóvenes; aquel hombre de hace poco en la placita de San Benito caminaba ligero, ágil: y este que sale ahora de una farmacia podrá quizá tener sus sesenta años, pero miradlo cómo se desliza por la calle: ni que tuviera veinte.

Bajo estos soportales Unamuno no vendrá a menudo: yo sé cómo ama él los paseos fuera de la ciudad, cuánto le gusta mirar desde lejos el campo que cambia de color bajo la luz del crepúsculo. Pero también mira a los hombres: a los que encuentra y a los que imagina perdidos allá abajo en la tierra lejana, sobre la cual la sombra ya se pliega, la sombra de la tarde. Los hombres y el paisaje; toda la vida. Incluso cuando ha viajado fuera de aquí y fuera de la patria, Unamuno

ha puesto atención al paisaje sólo cuando detrás y dentro se veía o se suponía movimiento de seres, lucha de fuerzas, al hombre, al hombre, al hombre. Como su gran maestro Cervantes: que no hay quien lo supere cuando se detiene delante de la naturaleza y la describe; pero no como un esteta; no porque crea en la belleza de las cosas en sí mismas. Y como todos los verdaderos creadores de esta tierra: escritores, pintores, escultores, arquitectos.

Después de esta visita a Salamanca, Unamuno continuará acompañando a Puccini, quien en 1952 publicó un artículo titulado “Unamuno saggista”⁷ y otro en 1955: “Il monologo di Unamuno”⁸. Ésta será la última vez que Mario Puccini hable de Unamuno y lo hará con la misma admiración por una obra llena de potencia comunicativa y que durante tantos años el escritor italiano siguió con puntualidad y siempre con cariño.

El paisaje de la ciudad y de su campo hace rememorar también a Mario Puccini otra figura señera de Salamanca: Fray Luis de León, confrontando a través de él el amor por la naturaleza frente a la vida universitaria y ciudadana.

A Fray Luis lo considera un verdadero poeta, cuyo sufrimiento en prisión no fue tanto físico como espiritual, al verse privado de los árboles y del cielo y casi imposibilitado de transmitir sus sentimientos hechos poesías a los demás hombres. De sus obras destaca sobre todo *De los Nombres de Cristo* y *La perfecta casada*, “dulce y querido librito”, que imagina circulando entre las manos de las señoras que encuentra por la Plaza Mayor de Salamanca:

Y también tú, Fray Luis de León, no dudabas ciertamente con ojos de esteta a las sombras de los chopos, que también tus ojos admiraban, cuando, al salir de la Universidad, donde habías hablado con la austeridad firme pero sabrosa tan propia de tu tiempo y de tu carácter, buscabas el solaz de la naturaleza sonriente. Poeta pero no esteta: y cuando después estuviste en prisión, donde no veías ya ni los árboles ni el cielo, y “la oscura tiniebla”, como escribiste en una de tus poesías más bellas, se cerraban delante de ti tus caminos, solicitabas también la libertad, pero para dar voz todavía a tus sentimientos de hombre y sentir que esta voz llegaba a los oídos de los hombres. Y sí, leías, mientras estabas en tu celda cruel, a Homero y Virgilio; pero aquella luz y aquel retazo de cielo y de mar que los dos grandes poetas antiguos te mostraban, tú los poblabas de criaturas: quizá ya elevadas sobre la tierra, ya quizá separadas de la vida, pero todas ávidas todavía de las alegrías y de las ansias de allá abajo. Aquí en Salamanca, y en la misma Universidad de Don Miguel, también tú: y aquí escribiste e imprimiste la obra a la que quizá menos creíste poder recomendar tu nombre, tú que habías escrito ya aquella obra maestra humana y espiritual que es “De los nombres de Cristo” y que todavía hoy da gusto leerla, saborearla página por página, pensamiento por

7 *Il Giornale*, Nápoles, 11-XI-1952.

8 *Paese del Lunedì*, 4-VIII-1955.

pensamiento: “La perfecta casada” –*La perfetta maritata*– Dulce y querido librito: que quiero pensar que circule todavía entre las blancas y delgadas manos de estas señoras que he encontrado y encuentro en la Plaza Mayor y en Correos: no todas bellas, pero todas tan sutiles en los movimientos y en los gestos.

Que se diría que tuvieran miedo de dar de sí a quien mira una idea menos que pura y clara. “Las que piensan que a fuerza de posturas y vestidos han de hacerse hermosas, viven muy engañadas, porque la que lo es, revuelta lo es, y la que no, de ninguna manera lo es, ni lo parece, y cuando más se atavía es más fea”. Que es un precepto de moral hermosísima, pero que podría también ser de estética: la forma da sentido y estabilidad al contenido, pero cuenta menos que nada si ésta no existe o es débil.

Entre el paisaje urbano ideal salmantino encuentra Mario Puccini en su visita a Salamanca a Pedro Calderón de la Barca. Afirma no importarle si realmente estuvo mucho o poco tiempo aquí, pero está seguro de que, como poeta que era, supo captar con su sensibilidad los fermentos de vida y de cultura que en ella circulaban. En Salamanca debió de conocer a grandes maestros y a estudiantes de diversas procedencias y culturas con los que compartió los estudios de Humanidades y quizá también de Leyes. Puccini, sin embargo, no se imagina a Calderón inclinado sobre los libros de Derecho, sino moviéndose con curiosidad entre la multitud de estudiantes para, como hizo Fernando de Rojas, sacar argumentos para su *Príncipe constante* o para otros dramas y comedias juveniles:

Pero, antes de dejar Salamanca, un pensamiento para Calderón: que fue también aquí joven, pero no por poco y no inútilmente. Si fue estudiante nada más que de nombre, no me importa saberlo: era un poeta, traía aquí no tanto una memoria apta para aprender, cuanto una sensibilidad presta a acoger los infinitos y mudables humores de la vida. Que yo no sé cómo era en aquellos tiempos la vida; pero, más o menos intensa que hoy no sería. En la época de Calderón, no estaba naturalmente Unamuno; pero había también entonces grandes maestros; y, en lo que se refiere a los jóvenes, en Salamanca dice un historiador, “anidaba toda casta de pájaros”, ofrecía el nido a toda clase de pájaros. Había, efectivamente, entonces varios colegios en Salamanca: cada uno de ellos hacía que los alumnos endosasen uniformes de diverso color; y del color nació la semejanza. Muchos alojamientos también: y “*casas de huéspedes*”, pensiones. Multitud de jóvenes: y también de criados; las grandes familias españolas de Madrid o de Andalucía no mandaban a los hijos lejos de casa sin un criado fiel y presto a sus órdenes. Bajo el cedro de la Universidad, que no será el mismo que ahora vemos, pero que permanece de todas maneras como el símbolo espiritual de esta vieja y clásica escuela española, se movieron y vivieron miles de jóvenes que después se esparcieron por el resto de España: notarios, catedráticos, políticos, poetas. Y Calderón estaba entre estos últimos: estudió humanidades y quizá también leyes; pero ¿cómo imaginarlo entre las pandectas, encerrado sobre un libro de derecho? Lo veo más bien girar curioso donde hay aglomeración o, al menos, rumor de voces; si De Rojas había encontrado

aquí en la Plazuela del Puente, en el barrio de Tenerías, la atmósfera que convenía a su Peña Celestina, ¿por qué Calderón no habría podido oír también él en estos lugares o en la plazuela de San Benito, tan llena de gente por la tarde, alguno de aquellos diálogos que encontramos en su “Príncipe Constante” o en otros de sus dramas o comedias juveniles? Pero quiero ir más allá; su Sigismundo de la “Vida es un sueño” nació bastante más tarde y cuando ya las células de la primera edad han tenido tiempo para mudarse completamente en él, ya de treinta y dos años y fatalmente lejano de sus recuerdos de adolescencia; pero ese sentido de la vanidad, de la inutilidad de todo, que da tanta fuerza y respiro épico al Sigismundo no convertido todavía a la piedad, es fácil que Calderón lo haya advertido por primera vez en sus encuentros matutinos con este clima acre y contenido; clima de penitencia; de cualquier sitio se puede evadir, y un joven lo puede de manera más segura y confiada, pero estas casas del XVI es como si no tuvieran ni puertas ni ventanas, como si no pudieran gozar, como si no debieran contar con ninguna luz: Sigismundo prisionero aquí puede soñar su sueño imposible y crearlo verdadero: pero ¿y en otro lado? Por esta razón he dudado en estas calles, he superado la plaza, he terminado con adentrarme en un callejón que más que un callejón parecía un ancho, interminable ANDRONE. Una vieja cantaba escondida no sé dónde; un niño lloriqueaba; arriba en lo alto, dentro de alguna estancia no visible, alguien probaba y volvía a probar una cansada sonata con una flauta. Rumores, voces, aquel sonido: y yo pensé en un Sigismundo de hoy poeta y hombre, instinto y espíritu; no podía existir ningún prisionero en este callejón, pero podía haber un joven, un hombre solo sin apoyos, sin afectos, separado de todo y de todos. Quizá porque estaba enfermo, quizá porque estaba convencido de que la vida era inútil y no tenía cuenta salir de sí mismo para buscarla y poseerla. Un sueño: y la flauta lo preparaba, quizá lo ofrecía: en aquella sonata, la evasión.

A pesar de la primacía del paisaje humano y literario, el recorrido de Mario Puccini por la Salamanca monumental de 1936 fue intenso y positivo, como refleja la siguiente descripción enumerativa de los monumentos que más le atrajeron la atención:

He aquí las iglesias de Salamanca; he aquí, la ruda, pero armoniosa Universidad; he aquí la Catedral majestuosa, he aquí la luminosa fachada de San Esteban, he aquí las construcciones privadas, el palacio de la Marquesa de Almarza, la Casa de las Muertes, la casa de Doña María la Brava y tantas y tantas sin nombre, pero todas tan delicadas y tan puras. Y son así; es decir, bellas, porque han sido pensadas y hechas para el hombre, para exaltar la vida y el amor de los hombres. O quizá para hablarles de la muerte: no siempre el artista está en sus plenas fuerzas, ordena y rechaza sus discrepancias internas: el palacio de Monterrey, podría jurarlo, no nace, por ejemplo, de un arquitecto al que le sea fácil la vida y propicio el aire a su alrededor: quizá le sea negado el amor; quizá está enfermo y lo sabe. Y entonces, ya que no puede cantar a la vida y sin embargo no puede amar a la muerte, resuelve esta elegía en piedra, en la cual, mientras expresa su desesperación por la

dura suerte de las criaturas humanas, grita su anhelo de esperanza: no lo superará, no vencerá: la sospecha del umbral oscuro y cerrado le impide el abandono y la alegría, pero al mismo tiempo afirma cómo la vida es bella, cómo el cielo allá arriba es sereno, seguro, poderoso.

De Salamanca parte Puccini hacia la Sierra de Guadarrama camino de Segovia, para posteriormente visitar Palencia, Burgos, Pamplona y llegar al País Vasco. De allí dará un gran salto hacia el Mediterráneo: Valencia, Alicante, Barcelona y Zaragoza, concluyendo un viaje que le iba a revelar las claves de las causas y los protagonistas de la gran tragedia que se avecinaba para España.